

Texto datado el 29 de mayo de 2000, que se encontró entre los papeles de PVC pero que no sabemos si fue publicado. No lo fué en la Revista Noticias del SMU

Virgilio BOTTERO nació en Refrancore, pequeño pueblo del Piemonte, Italia, el 16 de setiembre de 1902.

Hijo de Domenico Bottero y de Ángela Mortara, emigró con su familia al Uruguay cuando tenía 10 años.

Cursó estudios de secundaria en el Liceo N° 1 (ahora Liceo "Rodó") y preparatorios en el instituto que entonces era anexo a la Universidad. Su actuación escolar fue muy destacada y particularmente reconocida por los severos profesores de la época.

Ingresó a comienzos de los años veinte a la Facultad de Medicina de Montevideo, realizando una brillante carrera universitaria que culminó obteniendo la "Medalla de Plata" y haciéndose acreedor a la beca anual –adjudicada por méritos– a los fines de su perfeccionamiento. Su tesis de graduación sobre "Gases de la sangre" mereció la máxima calificación.

Desde muy joven sustentó ideas libertarias, teniendo intensa militancia política y también gremial, en la Asociación de los Estudiantes y en el Sindicato Médico del Uruguay.

Era muy joven cuando enfermó de tuberculosis pulmonar, afección muy grave en aquellos tiempos, ante la cual luchó con entereza pero que, a la postre, fue causante de su muerte.

A propósito de su lucha contra la enfermedad, Luce Fabbri –Profesora Emérita de la Facultad de Humanidades y devota sustentadora durante más de medio siglo de las ideas anarquistas en el Uruguay– escribió en su conmovedora nota necrológica publicada en "Studi Sociali": "Pocos ejemplos de frío coraje conozco como el de esta lucha secreta entre una enfermedad y un hombre que, en contra de ella, defiende no su vida física sino su trabajo, su batalla por la justicia, su posibilidad de dar".

Realizó una carrera académica muy destacada, adquiriendo sucesivamente diversos cargos docentes por medio del concurso de oposición.

Su orientación inicial fue hacia la química biológica, dedicándose luego al laboratorio clínico y, por fin, a la hematología.

En rigor, Bottero fue uno de los fundadores de la Hematología en el Uruguay, conjuntando en el cultivo y desarrollo de esta disciplina su formación científica básica con una muy sólida formación clínica que también poseía. Alcanzó la jefatura de la sección "Hematología" del Laboratorio Central de las Clínicas y su principal discípulo, el Dr. Washington Escarón, lo sucedió en ese cargo y fue luego Director del Laboratorio Central del Hospital de Clínicas "Dr. Manuel Quintela", principal centro médico del país.

Su actividad científica y académica no relegó su militancia libertaria.

En 1932, realizó conjuntamente con el Dr. Carlos Ma. Fosalba–personalidad médica y sindical destacadísima– una vibrante y valiente campaña de denuncia periodística sobre la situación de los hospitales públicos del país y en defensa de los derechos de los enfermos, sin reparar en las consecuencias que ello podría ocasionar en su carrera médica.

Como consecuencia de su lucha política fue preso durante la dictadura de Terra (1933) y amenazado de deportación a Italia (en pleno período fascista); debió emigrar temporariamente a Argentina, en donde escribió parte de su tesis de graduación.

Pocos años después viajó a España, en 1937, junto con el Dr. José B. Gomensoro

–otro luchador libertario de distinguidísima actuación universitaria ulterior– para participar en la lucha contra el fascismo. Durante su estadía en Cataluña, la enfermedad que padecía se agudizó fuertemente, limitando mucho su accionar.

Fue autor de numerosos e importantes trabajos científicos, a la vez que escribió, a partir de 1941 –aprovechando los períodos de estadía en Córdoba (Argentina) para paliar los embates de su enfermedad– una colección alfabética de clínica práctica que tituló "Compendium", con la finalidad de actualizar a los médicos del país. Dicha publicación –muy bien valorada por un gran número de lectores– era reveladora de su sólida y actualizada cultura médica, de su notable capacidad de síntesis y de su indeclinable vocación de servicio.

Años antes había sido editor, junto a Carlos Ma. Fosalba y otros militantes anarquistas, de la revista titulada "Esfuerzo", una verdadera joya de la literatura política y social de aquella época.

Murió el 12 de noviembre de 1944, cuando apenas tenía 42 años. Pocas semanas antes de su muerte, estando en La Falda (Córdoba) se trasladó a Alta Gracia –lugar vecino– para auxiliar fraternalmente a otro colega uruguayo cuya salud era quebrantada por la misma enfermedad. Entre el cuidado de su propia salud y los deberes de solidaridad, no vaciló en la opción. Para Luce Fabbri, Bottero optó por "vivir la vida del hombre sano que hubiera querido ser, admitiendo sólo los cuidados que no impidieran esta vida y aceptando serenamente la muerte a breve plazo". Tras la elección de este camino "fueron inútiles los ruegos de quienes lo querían bien". Soportó "el mal físico transformándolo en triunfo moral".

Por expresa decisión suya, no se pronunciaron discursos en el entierro de sus restos. Sin embargo, poco tiempo después, el Profesor Julio García Otero, director de la Clínica Médica del Hospital "Maciel" y entonces Decano de la Facultad de Medicina, realizó un acto de homenaje en el anfiteatro de dicho Hospital, en el cual se colocó un retrato de Bottero.

García Otero fue una distinguidísima personalidad médica, notorio por la devota profesión de su fe católica. Por eso es muy significativo que en dicho homenaje expresara que, a pesar de las grandes diferencias filosóficas que los separaban, él debía decir que "Bottero fue mejor cristiano que yo".

Habiendo muerto tan joven y pese a la plenitud de su vida, es inevitable pensar en las dimensiones que, por su talento y personalidad, pudieron haber alcanzado tanto su labor académica como su indeclinable vocación social. Sin embargo, no hubiera admitido que se considerara que la muerte malogró su vida.

La claridad de su mente, la fuerza de su carácter, la sinceridad y valentía con que defendió sus ideas y aplicó su voluntad a las luchas sociales pese a la enfermedad, el estilo de su lenguaje escrito y la humanidad tan singular –cálida y recia– de su persona al igual que su impronta moral, hicieron de Virgilio Bottero una referencia inevitable para quienes con él convivieron en nuestra sociedad y, también, para quienes lo sucedieron.

Pablo V. Carlevaro Bottero
Montevideo, 29 de mayo de 2000